



Por Jesús Alberto Rubio
beisrubio3@gmail.com

A no demoler la memoria

Verá que tema: Ahora retomo el de espacios/recintos sagrados del deporte y en especial de beisbol que por diversas razones quedan en el olvido, los desaparecen o bien son destruidos por la infame picota. Múltiples casos han sucedido aquí, allá y acullá.

Sabemos que la destrucción de estadios de béisbol icónicos suele responder a una combinación de factores económicos, logísticos y de seguridad que superan el valor sentimental o histórico del inmueble.

Aunque, ya sabe, desde Al Bat, persiste la idea y el deseo de que pudieran conservarse o bien convertirse en museos o recintos históricos o algo más en bien social del deporte y la familia, como el que les dejaran –por ejemplo– un espacio/terreno de juego para beisbol u otro deporte infantil/juvenil Menor.

Cayeron a espaldas del pueblo

Ejemplo: la destrucción de los estadios de beisbol de Obregón, el Abelardo L. Rodríguez de Guaymas y el Fernando M. Ortiz (ex Casa del Pueblo hasta 1955).

Debo decir: El viejo hogar de los Yaquis, su demolición dejó un vacío

Evitemos el silencio de los escenarios que nos dieron gloria; ¿por qué borrar catedrales deportivas?; ¡vamos al rescate de nuestros recintos históricos!



de identidad en el corazón de la ciudad que muchos aficionados aún añoran.

El "Abelardo L. Rodríguez" inolvidable en un puerto con una tradición beisbolera inmensa. Recordar los años de gloria de los Ostoneros en

ese histórico inmueble es hablar de la época de oro del béisbol del Pacífico/Liga de Sonora y de la Costa del Pacífico.

También sucedió con el Parque Deportivo Veracruzano (PDV) en la ciudad y puerto de Veracruz.

Igualmente pasó con el parque donde jugaron los Azules de Coatzacoalcos y el de Tampico que fue la casa histórica de los Alijadores. Y así pudiera seguir con más ejemplos.

Ah, una excepción notable, al paso del tiempo aquí en nuestra entidad, ha sido el Estadio Estrellas Empalmenses, el cual merece un capítulo especial.

Placa conmemorativa

Exacto: El estadio de la Casa del Pueblo y luego llamado Fernando M. Ortiz, subrayo con énfasis, no fueron sólo estadios, sino el corazón de esta capital sonorenses y la cuna de la pasión hacia el deporte rey por al menos cuatro décadas.

Y sí: es increíble que un lugar donde se vivió la transición de la vieja "Casa del Pueblo" a la era moderna del béisbol invernal no tenga un recordatorio físico a la altura.

Reflexión: cada vez que cae una barda histórica, no sólo perdemos concreto y acero; perdemos el lugar donde nuestros padres nos enseñaron a amar el juego.

Recuperar esos nombres es evitar que nuestra identidad deportiva termine siendo un simple terreno baldío.

Cierto es que hemos permitido que